Capítulo I

LA INGLATERRA PROTESTANTE Y LA ESPAÑA CATÓLICA LUCHAN EN AMÉRICA

> *Vendrá un día que (Estados Unidos) será un gigante, un coloso temible en esas comarcas (...) dentro de algunos años veremos con mucho dolor la existencia amenazadora del coloso de que hablo. El paso primero de esta potencia, cuando haya llegado a engrandecerse, será apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México (...) aspirará a la conquista de este vasto imperio (Nueva España) que no nos será posible defender contra una potencia tan formidable, establecida sobre el mismo continente y, a más de eso, limítrofe. ¿Cómo podremos, pues, nosotros esperar que los americanos respeten el reino de Nueva España cuando tengan facilidad de apoderarse de este rico y hermoso país?*
>
> MEMORIA SECRETA DEL CONDE DE ARANDA
> AL REY CARLOS III (1783)

DEVASTADORES EFECTOS DE LA LEYENDA NEGRA

"México ha traspasado la línea divisoria de los Estados Unidos; ha invadido nuestro territorio; ha derramado sangre americana en suelo americano y ha proclamado que las hostilidades se han roto y que las dos naciones se hallan en guerra. Yo pido la acción pronta del Congreso reconociendo la existencia del estado de guerra y poniendo

a la disposición del Ejecutivo los medios necesarios para proseguir la lucha con todo vigor, lo que apresurará el restablecimiento de la paz”. [1]

Así rezó el mensaje del Presidente James Knox Polk enviado el 11 de mayo de 1846 a los legisladores estadunidenses en su pretensión de justificar la naciente contienda armada con México, cuyos vastos y prácticamente abandonados territorios del norte eran de antiguo obsesivamente codiciados por la Casa Blanca.

De ese modo se materializaba un conflicto cuyo génesis se remontaba mucho tiempo atrás y que precisa incluir aquí, así sea de manera panorámica, con el propósito de que se comprenda cabalmente el agitado espíritu que tradicional e históricamente ha campeado en las tormentosas relaciones entre México y los Estados Unidos.

Resulta, por ejemplo, más que conveniente resaltar que se trata no sólo de dos naciones enteramente distintas entre sí, sino de hecho, de dos mundos, o por mejor decir de dos concepciones del mundo absolutamente divergentes y, las más de las veces, antitéticas y excluyentes. De hecho, sólo el forzoso entorno geográfico es lo que ha mantenido estrechamente ligados a dos países con diferencias tan acusadas.

En efecto, la lucha que en diversos renglones entablaron fundamentalmente durante el siglo XVI la Inglaterra protestante y la España católica resultó virtualmente trasplantada al continente americano con dos nuevos protagonistas: Estados Unidos y México.

Así, en un acucioso estudio sobre las relaciones mexicano-estadunidenses, Angela Moyano Pahissa desarrolla y sintetiza admirablemente en los capítulos primero y tercero el punto medular de la cuestión. A saber: que es preciso comprender cabalmente la tradición cultural heredada por los estadu-nidenses para apreciar con justeza su comportamiento con sus vecinos mexicanos.

---

[1] Jay, William, Causas y Consecuencias de la Guerra del 47, México, Editorial Polis, S. A., 1948, 263 p., p. 133.

El asunto parte del profundo odio a España y al catolicismo que imperó en Inglaterra particularmente a partir de 1580, a través de diversas publicaciones que acusaban a aquélla —poderosa competidora comercial y militar— de los crímenes más horrendos. Esto, aunado al fanatismo religioso que impelía a los ingleses a buscar pruebas que confirmaran el protestantismo de Dios y su predilección por ellos, hicieron el resto: los anglosajones, por serlo y por ser también protestantes, tenían el derecho a conquistar el nuevo mundo a fin de redimirlo.

"Los inglese consideraron que la derrota del la Armada Invencible en 1588 —escribe Moyano— era prueba suficiente para confirmar su superioridad. Desde entonces hasta la fecha el mundo hispano ha sufrido y sufre las consecuencias de la Leyenda Negra urdida por Holanda e Inglaterra. Para poder explicar en qué consistió y con afán de resumir un tema singularmente complejo, preferimos citar al profesor Powell: 'La premisa básica de la Leyenda Negra es la que los españoles se han manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, intolerantes, tiránicos, obscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos y traicioneros'". [2]

A mayor abundamiento, he aquí otro notable testimonio del honrado historiador estadunidense Philip Powell, dedicado investigador del tema que se trata: "Los líderes Patriotas" (Powell se refiere a los luchadores por la independencia) hicie-ron violento daño a la historia al mancillar su propia sangre y cultura con una brocha saturada de la tinta negra de la leyenda. Es una trágica ironía el que los hispa-noamericanos, acostumbrados como están a denigrar a España según las normas propagadas por el movimien-to de independencia, alientan no sólo las degradaciones de su propia cultura, sino que nutren una especie de cultura sin raíces al rechazar, empleando la lengua de Cervantes, la tierra de don Quijote y Sancho". [3]

---

[2] Moyano Pahissa, Angela, México y Estados Unidos: Orígenes de una Relación, 1819-1861, México, SEP, 1987, 348 p., p. 18. Para referirse a la Leyenda Negra, Moyanocita la obra de Powell El Arbol del Odio, Editorial José Porrúa Turanzas, Madrid, 1972.

Con las condiciones señaladas por Moyano, no fue raro que los inglese que arribaron a fundar las trece colonias trajeran un bagaje cultural decididamente hispanófobo, revestido de prepotencia racial e imbuido de la certeza de la predilección de Dios hacia ellos. Fueron los puritanos, dice Moyano, ala radical del calvinismo inglés empeñado en suprimir todo vestigio de catolicismo en la Iglesia de Inglaterra, quienes una vez en pugna con el anglicanismo y tras dejar su propio país, se trasladaron primero a Holanda y luego a Norteamérica en 1620.

“ODIO IMPERECEDERO A ESPAÑA
EN ENORME CANTIDAD DE MATERIAL”

Se debe a William S. Maltby, investigador estadunidense de la Duke University en Dirham, Carolina del Norte, un excelente trabajo sobre la Leyenda Negra, término acuñado en 1912 por el sociólogo español Julián Juderías para sintetizar la serie de infamantes acusaciones que de todo tipo se lanzó contra España a partir de Inglaterra y Holanda.

“Los esfuerzos de España como paladín del catoli-cismo durante los siglos XVI y XVII —asevera Maltby— le valieron al país el odio imperecedero de los protestantes en todo rincón de Europa, hasta un grado tal que acaso no lo hayan notado ni aún los propios hispanistas. Es asombrosa la enorme cantidad de material antiespañol que salió de las prensas de la Europa protestante durante este período y fue hábilmente suplementado por la labor de quienes, aun cuando favorables a la Contrarreforma, veían con malos ojos el poderío de España y su tendencia a intervenir en los asuntos de Francia y de Italia”. (4)

Los rasgos de la Leyenda Negra inglesa han creado “un estereotipo formidable del hombre español, que abarca casi todos los vicios y las insuficiencias que se conocen… Cuando el español se encuentra en ventaja, su crueldad y soberbia son insoportables. Cuando se ve reducido a su verdadera dimensión por algún impecable héroe nórdico, es mezquino y adulador, es un cobarde cuya afición a las conjuras y traiciones sólo es inferior a su incapacidad para llevarlas a

(3) Concientizar Nuestra Identidad Nacional, entrevista de María Idalia a Joaquín Cárdenas N., Excélsior, primera plana de la Sección B,9 de octubre de 1987. Las cursivas me pertenecen.

buen término”. [5]

Añade Maltby que, a pesar de todo, buena parte de los anglosajones, así como historiadores equilibrados y serios, ha defendido en todos los órdenes la reputación de España, pero que, paradójicamente, esto no se ha reflejado en películas, li-bros de texto o literatura en general. “Resulta natural sospechar —dice— que semejante paradoja se ha nutrido de la continuada incapacidad de algunos famosos maestros e historiadores para liberarse de sus propios prejuicios antiespañoles”. [6]

En otro lugar Maltby sentencia: “Es innegable que la Leyenda Negra ha desempeñado un papel considerable en las difíciles relaciones de los estados Unidos con sus vecinos hispano parlantes, y sigue influyendo en la política británica con respecto a España. Por difícil que sea aislarla, continúa siendo un factor de peso en los asuntos internacionales”. [7]

Y más adelante, tras refutar ampliamente las cuentas alegres de fray Bartolomé de las Casas, Maltby anota: “El historial de la crueldad de España no es envidiable, pero, en contraste con los puritanos de Nueva Inglaterra, los españoles nunca favorecieron una política de exterminio deliberado, y sus crueldades fueron las que siempre han acompañado a la formación de imperios. Rara vez han conquistado tierras nuevas los mansos y delicados, y las colonias españolas no fueron excepción a esta regla”. [8]

Asienta finalmente el historiador estadunidense: “Muchos, si no todos, de los escritores que colaboraron con la Leyenda Negra fueron protestantes convencidos, aun fanáticos… Hasta el contenido formal de la literatura antiespañola, sus imágenes y su plétora de citas bíblicas, reflejan la influencia enorme del sentimiento protes-tante”. [9]

De vuelta a los conceptos de Angela Moyano, la historia-dora

[4] Maltby, William S., La Leyenda Negra en Inglaterra, Desarrollo del Sentimiento Antihispánico, 1558-1660, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 181 p.,p. 10. Las cursivas me pertenecen.

[5] Ibidem, p.12

[6] Loc. Cit., p. 13. Las cursivas me pertenecen.

[7] Loc. Cit., p. 16

mexicana indica: "Por motivos de cantidad y de calidad, los calvinistas que llegaron a la Nueva Inglaterra, los presbite-rianos escoceses y los reformados holandeses, fueron el grupo de más influencia en la formación de los Estados Unidos. A través del estudio de su historia se ha insistido en que el espíritu puritano fue el más determinante en la cultura norteamericana. Admiradores y opositores concuerdan en que la herencia puritana es la base de la conciencia nacional. No se puede comprender la historia de Estados Unidos y la de sus relaciones con otros países si se desconoce esa herencia. No hay verdad más evidente que el hecho de la influencia calvinista. Las actitudes norteamericanas hacia el ahorro y el triunfo, hacia el trabajo y el ocio son amplia muestra de esa verdad". [10]

DOGMA POLITICO DERIVADO DEL FANATISMO RELIGIOSO

Más adelante continúa Moyano: "La creencia en el deber de trabajar fue una herencia tan profunda que observadores del carácter norteamericano están de acuerdo en que una de las faltas más graves para su mentalidad es la pérdida del tiempo. El tiempo es dinero, sugieren, y por lo tanto no hay que malgastarlo. El miedo a no utilizar provechosamente su tiempo libre es hasta la fecha tan intenso como el de fracasar ante el trabajo. Ello los impulsa a llenar los ratos de ocio con actividades que favorecen el progreso personal. El norteamericano medio no conoce el gusto del ocio por el ocio. El tiempo para el norteamericano es actividad y competencia. 'El americano medio —hombre de acción— mira altivamente por encima del hombro la contemplación, el ocio andaluz'. (…) esa fue una de las causas de su profundo disgusto ante el mundo hispánico". [11]

Otras notorias diferencias existentes entre la concepción anglosajona y protestante de los Estados Unidos y la concep-ción hispánica y católica de México, por ejemplo, fueron las formas de gobierno y la manera de entender la riqueza. En el primer punto la posesión de la verdad religiosa acompañada de la misión regeneradora del mundo se tornaron en dogma político: el sistema

---

[8] Loc. Cit., p. 27. Las cursivas me pertenecen.
[9] Loc. Cit., p. 167. Las cursivas me pertenecen.
[10] Moyano, Op. Cit., p. 20

republicano. “Consistentes en sus princi-pios —indica Moyano—, los norteamericanos se dedicaron a implantar ese sistema por las buenas o por las malas, en todos los pueblos del mundo, justificando así, aun para sí mismos, sus anhelos de dominio”. (12)

En cuanto al segundo punto, toda actividad económica que derivara en enormes ganancias, aun es detrimento de la moral, como la usura, fue ampliamente alentada y recomendada; y los votos de pobreza presentes en el cristianismo resultaron acremente censurados y vilipendiados por el puritanismo calvinista.

Por lo que corresponde a la tierra no cultivada, existía la mística puritana de que podía ser tomada aunque fuera ajena, pues el hombre glorificaba de ese modo a Dios por medios del trabajo. En otras palabras, los estadunidenses debían apoderarse de la tierra y trabajarla si sus dueños no lo hacían.

“En el caso de los mexicanos desposeídos en Texas, Nuevo México y California –señala el doctor Juan Ortega y Medina—, el argumento cohonestante para justificar el despojo…fue también de corte tradicional: que los mexicanos no tenían de esta tierra el debido rendimiento”. (13)

Líneas más adelante, la investigadora Moyano hace notar que una de las claves para entender a los Estados Unidos es su permanente afán de autojustificación, utilizado como lazo unificador del pueblo en la búsqueda de un ideal común, fabricado para satisfacer sus conciencias.

“El proceder ideológico del gobierno estadunidense —con-tinúa Moyano apoyada en el profesor Albert Weimberg—en sus relaciones con otros países, no parece ser a veces más que una larga lista de sofismas. La tendencia a pensar que sus intereses son los intereses del mundo es una actitud inconsciente del norteamericano medio, una actitud fruto de la tradición y de su sistema educativo, en una palabra de su herencia cultural. En la historia de sus relaciones con el mundo

---

(11) Loc. Cit., p. 21

(12) Loc. Cit., p. 23. Las cursivas me pertenecen.

debemos recordar su firme creencia de que la causa de América es la causa de toda la humanidad. Al considerarse el pueblo elegido para defender la causa de los derechos humanos, adquirirían también el derecho a constituirse en jueces de los demás. Lo que para ellos era un beneficio lo sería, de igual manera, para todo el mundo. Como dice el profesor Weimberg: 'el pueblo que se atribuye ser el campeón de las libertades de los demás, llegará a pensar que sus derechos son los derechos de la humanidad'". [14]

Difícilmente podían, pues, ser más agudas las diferencias entre México y los Estados Unidos…

[13] Ortega y Medina, Juan A., Destino Manifiesto, Sus Razones Históricas y su Raíz Teológica, México, Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial Mexicana, 1989, 154 p., p. 113

[14] Moyano, Op. Cit., pp. 29-30. Las cursivas me pertenecen.

Capítulo II

"LOS MEXICANOS SON UNA MEZCLA EMPONZOÑADA DE COLOR Y SANGRE"

Nuestra Confederación ha de verse como el nido desde el cual se poblará América entera, tanto la del norte como la del sur. Mas cuidémonos de creer que a este gran continente (Estados Unidos) interesa expulsar desde luego a los españoles. De momento aquellos países se encuentran en las mejores manos, que sólo temo resulten débiles en demasía para mantenerlos sujetos hasta el momento en que nuestra población crezca lo necesario para arrebatárselos parte por parte

THOMAS JEFERSON A SU AMIGO
A. STUART EL 25 DE ENERO DE 1786

PROFUNDA CONVICCIÓN DEL FAVORITISMO DIVINO

Probablemente el estudio de Reginald Hors-man, de la Universidad de Wisconsin-Milwaukke, constituya la mejor obra de conjunto sobre el espíritu colectivo que animó —y anima— al pueblo estadunidense en cuanto a su proyecto de "Destino Manifiesto" con todas las implicaciones que este término representa, pues es un trabajo que reúne, sintetiza, analiza e interpreta las más diversas fuentes sobre el particular, revestidas luego de una reflexión propia que, en general, aparece desprovista de juicios de valor y que se limita a la con-signación de los hechos, sin perjuicio de que, en determinados momentos, el autor censure algunos de los conceptos, extravagantes

a su modo de ver, que campearon en la nación norteamericana sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. [1]

Horsman dice que a partir del siglo XVII la idea de "pueblo elegido" —derivada del misticismo religioso del puritanismo calvinista— enraizó fuertemente el pensamiento estadunidense, cuyo auge más notorio se registró en los años de la guerra contra México. Los norteamericanos constituían un araza superior destinada a llevar por el buen camino tanto al conti-nente americano como al mundo entero, y las razas inferiores estaban destinadas a la subordinación o a la extinción. Tal convicción procedía de Europa, concretamente de Inglaterra, y es, pues, un trasplante europeo a Norteamérica. La prueba del favoritismo de Dios a los Estados Unidos la constituía el asombroso desarrollo que, en todos los órdenes, había experimentado ese país, originalmente compuesto de las famosas trece colonias, en los sesenta años siguientes tras su independencia de la Gran Bretaña. [2]

"La búsqueda tesonera de bienes terrenales —apunta coincidentemente el doctor Ortega y Medina— y la acumulación subsiguiente de dichos bienes se convierten en la principal tarea de la vida social. Todos aspiran a llevar ufanos la marca del elegido, que sólo será posible alcanzar mediante la aventura económica individual: el ahorro incesante, la aplicación, la dili-gencia y la destreza". [3]

Agrega Horsman que toda esta idea fue absorbida por los intelectuales estadunidenses, quienes se sentían herederos de una larga tradición anglosajona y teutónica, de raíces arias de los ingleses nativos. Esta superioridad podía considerarse como una "inevitabilidad histórica y científica" y justificaba así los padecimientos que luego se infligieron a los demás pueblos. En su avance tropezaron con razas inferiores incapaces de adaptarse al sistema republicano —erigido desde un principio en Norteamérica— y condenadas, por tanto a la subordinación o a la extinción.

---

(1) Horsman, Reginald, La Raza y el Destino Manifiesto, Orígenes del Anglosajonismo Racial Norteamericano, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 412 p.

(2) Ibidem, pp. 11-13

(3) Ortega y Medina, Destino Manifiesto..., p.91

LOS NEGROS, MAS SIMIOS QUE HOMBRES VERDADEROS

Añade el autor estadunidense que se tiene la visión de una Inglaterra anglosajona, amante de la libertad, aunque luego acotada por la invasión normanda de 1066. Los Estados Unidos toman el primer concepto y es el que nutre el pensamiento de los revolucionarios como Washin-gton, Franklin, Adams y, por supuesto, Thomas Jefferson. Este último consideraba a Tácito el primer historiador del mundo, "sin ninguna excepción", porque fue quien trató con mayor amplitud la inmigración de los germanos en Inglaterra, es decir los antecedentes raciales de los estadunidenses.

Ardiente partidario de la futura hegemonía racial de su patria, Jefferson escribía a su amigo A. Stuart en 1786: "Nuestra Confederación ha de verse como el nido desde el cual se poblará América entera, tanto la del norte como la del sur. Mas cuidémonos de creer que a este gran continente interesa expulsar desde luego a los españoles. De momento aquellos países se encuentran en las mejores manos, que sólo temo resulten débiles en demasía para mantenerlos sujetos hasta el momento en que nuestra población crezca lo necesario para arrebatárselos parte por parte". [4]

En el siglo XIX los estadunidenses creían firmemente que el secreto del triunfo anglosajón se encontraba no sólo en sus instituciones, sino en su sangre. Raza, nación y lenguaje apa-recían como elementos indisolubles en el desarrollo alcanzado y por alcanzar.

Así, entre los autores mencionados por Reginald Horsman en cuanto a las teorías raciales destaca, entre otros, el inglés John Pinkerton: "Un tártaro, un negro, un indio americano difieren tanto de un germano como un bulldog de un perro falderillo, o un pointer de un perro de la calle. Las diferencias son radicales y ningún clima ni

---

[4] Carta de Thomas Jefferson a A. Stuart, París, 25 de enero de 1786, en The Life and Selected Writings of Jefferson, citado por Fuentes Mares, José, Génesis del Expansionismo Norteamericano, México, El Colegio de México, 1984, 170 p., p. 15

simple azar pudo producirlas; es de esperar que conforme avance la ciencia buenos escritores nos ofrecerán todo un sistema de las muchas y diferentes razas de hombres”. [5] A su vez, la Edinburgh Review de enero de 1844 señalaba: “De la gran influencia de la raza al producir el carácter nacional no puede dudar ningún investigador razonable”.

Apunta Horsman que sobre todo a partir del siglo XIX se intentó demostrar con estudios científicos las diferencias humanas fundamentales. Anatomistas y craneólogos se esforzaron en realzar la superioridad de la raza blanca. Autores como Joham Friedrich Bluemembach, John Atkins, David Hume, Edward Long y Charles White escribieron sendos tratados sobre la desigualdad inherente a las razas y rechazaron la idea de que todas descendieran de una sola pareja, pues hubo creaciones posteriores. El francés Jean Joseph Virrey escribió: “El europeo, llamado por su alto destino a dominar el mundo, que sabe como iluminar con su inteligencia y someter con su valor, es la expresión suprema del hombre y se encuentra a la cabeza de la especie humana. Los demás, mísera horda de bárbaros, no son, por decirlo así, más que un embrión”. Añadió que los negros no eran verdaderos hombres, pues estaban relacionados más de cerca con los simios. Sus textos fueron muy leídos y aceptados en los Estados Unidos durante el decenio de 1830; y aunque en veces determinados tratadistas disentían en cuanto a método de clasificación de razas y otros menesteres incidentales, en la esencia clamaban por la superioridad racial blanca, de la cual Norteamérica era claro exponente. El famoso escritor británico Thomas Carlyle, con su obra “Los Héroes”, contribuyó mucho en la difusión de esta idea del anglosajón superior con una misión universal por cumplir.

Los llamados Padres Fundadores de los Estados Unidos impulsaron decididamente todos estos conceptos, y aunque repudiaban la monarquía inglesa sentían una profunda admiración por el pueblo inglés y por los germanos, es decir sus ramas raciales. Su sentido de misión, aunque originalmente religioso, encarnó luego en un poderoso impulso a la expansión. John Adams, segundo presidente

---

(5) Horsman, Op. Cit., p. 53

estadunidense, de-claró en 1785 que su nación se convertiría en la primera potencia mundial, fuera de toda duda. Tal era el decreto de la Providencia. Negros, indios nativos de tierras estadu-nidenses y mexicanos serían barridos por esta avasallante concepción.

Lewis Cass, quien fue Secretario de Estado con el Presi-dente James Buchanan en la época de la Guerra de Reforma en México y personaje sobre el que volveré más adelante en virtud de su extrema importancia en un episodio aciago para México, expresó que los indios —desalojados de sus tierras en el sur a partir de 1828, tras la elección de Andrew Jackson— eran "como una distinta variedad de la raza humana" y que "tienen derecho a gozar de todo lo que no obstaculice los obvios designios de la Providencia y las justas reclamaciones de los demás". Como se aprecia esta supuesta garantía y nada era lo mismo en virtud de su evidente subjetividad, Por eso cuando los indios fueron desalojados y no se les cumplió la promesa de no ser oprimidos por los diversos Estados de la Unión porque esto hubiera significado conmover todos los cimientos políticos y sociales que hasta entonces se habían edificado, el pensador y político francés Alexis de Tocqueville sentenció socarrona-mente: "No se podía destruir a los hombres respetando mejor las leyes de la humanidad".

LOS VITRIOLICOS JUICIOS
CONTRA MEXICO Y LOS MEXICANOS

Ahora bien, llegados a este punto y luego de todo lo hasta aquí consignado, la pregunta obligada resulta obvia: ¿qué pensaban de nuestro país y de sus habitantes los inquietos vecinos del norte, desdeñosos de suyo frente a todo lo que no fuera racialmente aceptable, es decir blanco, y particularmente proclives a la expansión territorial y a imponer sus instituciones y concepciones políticas toparen con quien toparen?

La respuesta, naturalmente, también es obvia…

Por cuanto corresponde a la cuestión de Texas y posteriores conflictos con México, Horsman asevera que Henry Clay, Secre-tario de Estado con John Quince Adams entre 1825 y 1828, clamó siempre porque aquel dilatado territorio fuese poblado por los estadunidenses, en tanto que William Gilmore Simms, periodista y novelista de particular influencia en el decenio 1840-1850, preconizaba la violencia para extenderse al oeste. Belicoso contra México, Simas

demandaba “obedecer nuestro destino y nuestra sangre” fuese cual fuese la resistencia que Estados Unidos encontrara. [(6)] de paso escribió también que “la esclavi-tud del negro es una de las grandes bendiciones morales; la esclavitud en todas las épocas ha resultado el mayor y más admirable agente de la civilización”. A su vez, William A. Caru-thers, otro influyente escritor, no tenía ciertamente la virulencia de Simas, pero también creía que el pueblo estadunidense estaba destinado a avanzar indefinidamente por el mundo. Otros, como Theodore Parker, también reconocido personaje en diversos círculos, no objetaban la expansión anglosajona —esencial, para el futuro del mundo según su punto de vista—, pero repelían el ensanchamiento violento y forzoso, así como la extensión de la esclavitud. En lugar de esto abogaban por un poderoso imperio comercial que a la larga les redituara en provechosas conquistas. Empero, predominaron las voces de la belicosidad a ultranza.

En el mismo orden de ideas, el político Horace Bushnell dijo en 1837 que en contraste con el noble linaje selecto, sajón, que había poblado a Estados Unidos, se encontraba el país del sur, México, con fundamentales desventajas en el carácter de sus habitantes. Puntualizó que si la calidad del pueblo británico se cambiara por la del mexicano, “cinco años bastarían para que esta noble isla (o sea Inglaterra) fuese lugar de pobreza y desolación”. [(7)] Más tarde se adujo, como punto central, que los estadunidenses no eran culpables de haber arrancado el territorio mexicano de sus legítimos dueños, pues éstos, como los indios, eran incapaces de dar un uso adecuado a la tierra. Por lo demás, si México estaba fracasando en su desarrollo era por flaqueza racial, no por la búsqueda estadunidense blan-ca de riqueza y poder. Con esto se tranquilizaba la conciencia por apoderarse de lo ajeno. Los mexicanos habían fallado porque constituían una raza mixta, inferior, con considerable sangre india y un poco de sangre negra. El mundo se bene-ficiaría si una raza superior moldeaba el futuro del sudoeste.

Para la época de la guerra 1846-1848, México estaba ya catalogado inequívocamente como inferior, debilitado por innumerables matrimonios con una raza decadente india, dice Horsman en su concienzudo estudio.

[(6)] Loc. Cit., p. 233

Así, T. J. Farnham, viajero famoso, había escrito en 1840: "Los californianos (en este tiempo casi puramente mexicanos, paréntesis de Luis Reed Torres) son una raza de hombres imbéciles y pusilánimes, incapaces de gobernar los destinos de esa bella región". (8) Demandaba que las razas mezcladas de esa área desaparecieran para dar paso a una vigorosa raza caucásica blanca que se extendería por todas las provincias septentrionales de México. Richard Dana, escritor, consideró a su vez a los californianos"un pueblo perezoso y despilfarrador". Y hablando de México, decía: "En manos de gente empren-dedora, ¡qué país sería éste!". (9) Y Lansford Hastings, en una célebre guía para emigrantes publicada en 1845, caracterizó a los mexicanos de California como "apenas un grado visible, en la escala de inteligencia, por encima de las tribus bárbaras que los rodean". (10) Hizo notar que un mexicano "siempre busca el método de hacer las cosas que requieran de menor ejercicio físico y mental, a menos que en él haya algún peligro, caso en el cual adoptará algún otro método".

Por cuanto corresponde a los soldados mexicanos que se hallaban en California en 1842, Hastings comentó que eran "simples indios" y que era "con estos seres salvajes y descami-sados, sin oído ni corazón, encabezados por unos cuantos oficiales tímidos, sin alma ni cerebro, que estos semibárbaros se proponen conservar esta deliciosa región contra el mundo civilizado". (11)

De ahí, pues, la idea de que tomar tierras ajenas de bárbaros inferiores no implicaba delito alguno, sino simple y sencilla-mente seguir el mandato de la Providencia de hacer fructificar la tierra.

Otros autores como George Kendall y Rufus Sage opinaban igual y fomentaban ideas en ese tenor, en tanto que Waddy Thompson, de Carolina del Sur, que fue embajador en México en 1842, anotó: "Considero nuestro linaje y nuestras leyes como destinadas a invadir este continente como algo más cierto que ningún otro hecho que haya en el futuro. Nuestra raza nunca ha puesto pie en un suelo que no solamente haya conservado, sino también hecho avanzar. No sólo

---

(7) Loc. Cit., p. 287
(8) Loc. Cit., p. 289
(9) Loc. Cit.

hablo de nuestros ante-pasados ingleses, sino también de esa gran raza teutónica de la que ambos descendemos". Para Thompson el elemento esen-cial de la debilidad mexicana radicaba en su población mixta. De siete millones de habitantes sólo un millón era de europeos blancos o sus descendientes; cuatro y medio millones eran indios, y los demás, una mezcla. La población en general era perezosa, ignorante y, desde luego, viciosa y deshonesta". (12)

Reginald Horsman dice que los ministros mexicanos en Estados Unidos se percataron de estas rabiosas actitudes antimexicanas y que quedaron atónitos ante el hecho. Cabe hacer hincapié aquí que desde la época de Iturbide, cuando José Manuel Zozaya cumplía una misión diplomática oficiosa cerca del gobierno estadunidense, se refirió al asunto y rindió un puntual informe, como se verá un poco más adelante.

La revuelta de Texas fue interpretada siempre, asimismo, más como un choque racial que como un movimiento contra un gobierno injusto o tiránico. Samuel Houston pensó continuamente en una lucha entre una gloriosa raza anglosa-jona y una inferior chusma mexicana. La victoria determinaría que grandes extensiones de tierra quedaran bajo el dominio de la raza que podría darles un mejor uso.

Naturalmente Houston se hallaba igualmente convencido de la inevitabilidad de la expansión anglosajona estadunidense en el continente americano, que según él le había sido legado a aquélla y al que se habría de tomar así fuera por la fuerza. (13)

LA RAZA MEXICANA, IMBECIL E INDOLENTE: BUCHANAN

Robert J. Walker, senador por Mi-ssissippi y furibundo antimexicano, aseguraba por su parte que los mexicanos no valían nada. Secretario del Tesoro con el Presidente James Polk, el que declaró la guerra en 1846, enfatizó: "Los mexicanos son una

(10) Loc. Cit.
(11) Loc. Cit., p. 290

mezcla emponzoñada de color y sangre". [14] Y James Buchanan, Secretario de Estado con Polk y posteriormente Presidente de los Estados Unidos durante la época de Juárez en México, a quien apoyó decidida-mente para que ganara la Guerra de Reforma como pronto se verá, declaró de manera terminante: "Nuestra raza de hombres (se refería a los estadunidenses nacidos en Texas o viviendo allí) nunca podrá estar sometida a la imbécil e indolente raza mexicana...La sangre anglosajona nunca podrá estar sometida por nadie que tenga origen mexicano". [15] Había que apoderarse de Texas, sentenciaba el futuro protector de Juárez, porque sólo de ese modo se podría cumplir con "nuestros altos destinos y emprender la carrera de la grandeza que se nos ha ordenado". Horsman asevera que, como Secretario de Estado de Polk, Buchanan abrigaba un "desprecio absoluto" hacia los mexicanos con quienes tenía que tratar o negociar asuntos diplomáticos.

Levi Woodbury, David L. Seymour, Alexander Sthepens y otros políticos estadunidenses coincidían en lo anterior respecto de México. Por su lado, al comentar la anexión de Texas a la Unión en el verano de 1845, el publicista y político demócrata John L. O'Sullivan acuñó la frase "Destino Manifiesto" para describir el proceso de la expansión norteamericana. [16]

Seaborn Jones, diputado por Georgia, llegó al extremo de considerar tan inferior a México que ni siquiera le otorgaba la dignidad para cruzar sus armas con Estados Unidos:"Yo amo a un enemigo digno de nuestro acero —dijo—, y antes arrojaría el guante del desafío a la orgullosa, altanera y poderosa Inglaterra, que al bravucón, errático e impotente México". [17] Y es conveniente insertar aquí un fragmento —más adelante se incluirá completo— del comunicado que el ministro estaduni-dense en México, John Forsyth, envió a su gobierno en vísperas de la Guerra de Reforma: "Soy, por supuesto, un creyente en lo que en el lenguaje político actual es llamado el Destino Manifiesto. En otras palabras, creo en la enseñanza de la historia y la experiencia, y en que tanto nuestra raza como nuestras instituciones se esparcirán

---

(12) Loc. Cit., p. 291
(13) Loc. Cit., pp. 293-294
(14) Loc. Cit., p. 296

por el continente, haciendo palidecer y desaparecer a las razas mestizas del Occidente ante la superioridad del hombre blanco".

En suma, hay que convenir que todos estos personajes resultaban una síntesis inmejorable del espíritu calvinista-puritano —con todas las fobias y prejuicios que ese bagaje histórico y cultural implicaba— del cual se ha venido tratando.

POR QUE NO SE REALIZO
UNA ANEXIÓN COMPLETA

El triunfo militar sobre México —continúo con el estudio de Horsman— llevó a afirmar que Estados Unidos debería implantar aquí un gobierno militar de tipo colonial, pero pronto hubo oposición a esto porque, argumentaban algunos pensadores, tal medida contaminaría o arruinaría a la República estadunidense. Una anexión completa del territorio mexicano también fue rechazada por temor a que el grueso de la población mexicana adquiriera derechos de ciudadanía estadunidense y se quería evitar a toda costa que semejante raza participara en condiciones de igualdad. Periódicos como el Charleston Mercury, el Richmond Whig y el Cincinnati Herald se oponían rotundamente a que se introdujeran mexicanos en la población anglosajona. ¿Qué haría Estados Unidos con siete u ocho millones de mexicanos con supersticiones e idolatrías e integrado por razas mixtas? La mezcla en México había producido "seres perezosos, indolentes e ignorantes".

Thomas Corwin, que luego fue ministro estadunidense cerca del gobierno de Juárez y que celebraría con él un oneroso tratado, habló de "la raza semisalvaje y semicivilizada de México". [18] En otras palabras, existía grave preocupación en cuanto a lo que la agresión podría acarrearle a Estados Unidos, no en lo que la agresión estaba acarreándole a México...

A su turno el senador John C. Calhoun objetó también enérgicamente la incorporación de mayor territorio mexicano por el peligro que representaría para las instituciones políticas estadunidenses

(15) Loc. Cit., p. 298. Las cursivas me pertenecen.
(16) Loc. Cit., p. 300
(17) Loc. Cit., p. 304

—"un pueblo tan distinto del nuestro en todo aspecto", decía—; y Lewis Cass, a la sazón senador por Michigan y luego Secretario de Estado con Buchanan, resumió así su punto de vista: "No queremos al pueblo de México ni como ciudadano ni como súbdito. Todo lo que queremos es una porción de territorio que nominalmente ocupa, general-mente deshabitado o, cuando está habitado, lo es muy escasamente y con una población que retrocedería o bien se identificaría con la nuestra". [19]

Edward C. Cabell, diputado por Florida, alzó su voz para hacer notar que "si anexamos la tierra, tendremos que tomar la población con ella. Y...por un acto del Congreso, ¿con-vertiremos la miserable población de México, negra, blanca, roja, mixta —los mexicanos indios, mulatos, mestizos, chinos, zambos, quinteros— en libres y e ilustrados ciudadanos americanos, con derecho a todos los privilegios de que disfrutamos?". [20]

Por eso, pues, no se anexó a México entero; por temor a la contaminación racial mexicana en el seno de la sociedad anglosajona y blanca estadunidense. Por eso se aceptó también el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848, puesto que se obtenía la porción más grande de México con el menor número posible de mexicanos. La total derrota militar mexicana en aquella malhadada contienda ratificó a los estadunidenses en su propia superioridad así como en la inferioridad de México. Y aunque hubo algunas voces como las de James Jones, William Duer, Albert Gallatin y Charles Anderson, entre otros políticos estadunidenses que objetaban que hombres más capaces y talentosos dañaran a sus semejantes, inferiores y desprovistos de luces, si tal fuera el caso, lo cierto es que pronto cayeron en el olvido.

Podrían multiplicarse las citas y los testimonios que dan fe del íntimo espíritu que ha animado a los estadunidenses en materia de raza y vecindad con México, pero estoy cierto que con lo aquí expuesto basta y sobra para percatarse de esa realidad que, a pesar de su nitidez, ha permanecido virtualmente oculta para la mayoría. De ahí la importancia de la obra de Reginald Horsman como fuente

---

[18] Loc. Cit., p. 328

indispensable en el estudio de la vecina nación del norte desde su inicial conformación terri-torial y moral, lo que desde luego permite, como trabajo de conjunto, justipreciar y analizar con detenimiento las razones de la conducta observada regularmente por los estadunidenses. Al revelar lo más recóndito del pensamiento de la ahora poderosa nación desde su nacimiento, la explicación de muchos acontecimientos se clarifica notablemente. Por eso los esquemas la urgente necesidad del análisis de los esquemas ideológicos establecidos desde un principio en Estados Unidos y virtualmente seguidos con puntualidad por su población a través de los siglos, incluido el XXI. La reflexión cuidadosa sobre tan peculiar idiosincrasia evita por lo demás infantiles juicios de condena, nacidos más de la muy explicable animo-sidad mexicana originada en el sentimiento, que del adecuado conocimiento de la esencia mística —impresionante y sorpren-dente a ojos vistas— que ha impelido a los estadunidenses a actuar de determinada manera desde el instante mismo de su surgimiento como país independiente, y aun desde antes de este acontecimiento.

"Nada es más cierto que la lengua inglesa —senten-ciaron tajantemente Theodore Poesche y Charles Goepp en su obra The New Rome, de 1853— se extenderá sobre toda la tierra y muy pronto será el medio común de pen-samiento: el idioma del mundo"...

(19) Loc. Cit., p. 329

(20) Loc. Cit., p. 331. Cursivas en el original.

Capítulo III

QUINTACOLUMNISTAS EN MEXICO IMPULSAN EL DESTINO MANIFIESTO

> *Los Estados Unidos enviaron a México, apenas independizado de España, a un hombre inteligente y hábil, a un diplomático astuto y empeñoso (Poinsett), que influyó y mucho... en la marcha de nuestro país y en el desenvolvimiento de circunstancias y acontecimientos que coronaron su obra, la cual no fue otra que la adquisición de una parte, al menos, del territorio ambicionado por nuestros vecinos del norte*
>
> ALBERTO MARIA CARREÑO,
> HISTORIADOR MEXICANO

"CON EL TIEMPO HAN DE SER NUESTROS ENEMIGOS JURADOS"

Precisa anotar aquí que entre los años 1846-1848, época de la guerra contra el norte, distaban de ser abismales —como hoy lo son— las diferencias militares entre México y Estados Unidos. Este no constituía aún la gran potencia que asombraría al mundo, aunque sí predominaba en su espíritu —como ha quedado fehacientemente demos-trado líneas arriba— la doctrina del "Destino Manifiesto", que le impelía a progresar internamente y le acuciaba a extenderse allende sus fronteras. México, por el contrario, se hallaba profundamente escindido desde la caída del Imperio de Iturbide y las luchas civiles se habían vuelto proverbiales.

Veinticinco años atrás don Agustín de Iturbide encarnaba las